

Las hermanas Sottocasa

De: Virginia Waugh

Ercolina no tuvo más remedio que ser hermana de Medea desde que ésta nació y el padre se encaprichó con el nombre mitológico, a pesar de la exasperación de la madre. Quizá por eso la menor fue siempre la preferida de papá o quizá porque, al menos de esa hija, nadie podía dudar de la paternidad debido al incontestable parecido que los unía. De todas maneras, la preferencia fue de un siempre que duró pocos años, ya que el joven marinero murió cinco años después, asfixiado en la sala de máquinas del vapor donde trabajaba pocos minutos antes de que la nave naufragara.

Todos opinaron que tuvieron suerte al recuperar sus restos y darles sagrada sepultura en el Cementerio Monumental de Bérgamo, su ciudad natal. Algunos comentaron que, pasado un tiempo prudencial, tal vez la madre de las niñas volviera al desconocido que, según se sospechaba, era el padre de la primera. Pero la mujer se pasó la siguiente década tirando los dados y mirando las colinas de los alrededores, como si hubiera alguna extraña relación entre las olas del mar que se tragaron a su marido y las ondulaciones verdes de esas irregularidades lombardas. Desde entonces, las hermanas fueron las encargadas de llevar flores a la tumba del padre cada domingo. La tumba ocupaba un lugar privilegiado en la primera porción del camposanto, tierra comprada a perpetuidad por la familia Sottocasa desde su inauguración. Exactamente diez años más tarde los ramos de flores se multiplicarían al recibir el cuerpo de la madre, presa de un mal que en los años sesenta ningún médico bergamasco pudo precisar.

Lejos de unir a las hermanas, el dolor no hizo más que profundizar sus diferencias y, cuando Giovanni Balzaretti se mudó con su familia a la casa de enfrente, la competencia, los celos y la rivalidad acentuaron los rasgos poco gentiles de las muchachas y les agriaron el carácter con el sabor de los limones pasados de estación. La adolescencia les despuntó en los pezones erizados casi al unísono, porque Giovanni tenía dieciocho años y la sonrisa más hermosa de toda la Lombardía. Medea y Ercolina no hablaban de él pero cada instante del día de cada una estaba preñado de deseo por ese hombre al que imaginaban amándolas con exclusividad y furor, desvistiéndolas desvergonzadamente en la escalera que llevaba a sus dormitorios, sabiendo que la otra estaría espionando detrás de alguna puerta, mordiéndose las uñas de la envidia.

Giovanni no era ajeno a los suspiros contenidos que despertaba en las mujeres de todas las edades y, desde el día en que una de las amigas de su madre le metió la mano en el pantalón y la lengua entre los labios supo que tenía un arma en su poder con la que tal vez pudiera sacar un rédito interesante. Se abocó a la tarea de perfeccionamiento como quien asiste a la universidad para obtener un doctorado. Realizó prácticas cotidianas de todo tipo, con profesoras, maestras y asistentes que le proveyeron los elementos más variados y exóticos de las artes amatorias, cobrándose en especie la instrucción impartida. A los veinticinco no había portadora de sexo femenino que se le resistiera. Su éxito era tal que podía jactarse de

varias proezas, como haber convertido a una lesbiana en heterosexual, a una monja en propietaria de un prostíbulo y haber logrado que a una cincuentona ya bien entrada en las legiones menopáusicas le resucitaran las hormonas dormidas y volviera a regularizar su periodo.

Giovanni era, para las hermanas de nombre griego, el único dios del Olimpo al que podían amar, pero él, mimado por las jóvenes más bonitas y por las maduras más ricas de la ciudad, no hacía más que derramar su sonrisa sobre las babas que dejaban caer las hermanas cada vez que se lo cruzaban en la calle. De vez en cuando habían intercambiado un saludo porque el hijo de los Balzaretti era bien educado y de una prodigiosa simpatía, pero la fealdad y falta de gracia de las Sottocasa, sus piernas cortas y sus dientes algo torcidos, le hacían apresurar el paso para evitar entrar en un contacto pegajoso que no le interesaba en absoluto. Estaba en edad y condición de elegir, y eso hacía, algo indiscriminadamente, aunque privilegiando siempre el buen gusto. Ese sentido del buen gusto era lo que le impedía cruzar de vereda y deslizarse entre las sábanas de las huerfanitas.

Los años fueron pasando sin que Giovanni iniciara una relación con ninguna de las mujeres que lo esperaban. Había generado tal expectativa en los círculos femeninos que eran muchas las que rechazaban otras ofertas de matrimonio a la espera de atraparlo con un mediomundo de pestañas alargadas con rimel, con fines de semana en casas junto al mar en el verano o con cabañas de montaña durante la temporada de esquí. Él aceptaba gustoso las invitaciones, mimaba y se dejaba mimar por sus elegidas, pero nunca prometía futuros de felicidad eterna. Una risa pícaro, una caricia bien plantada, o una palmada en una nalga gustosa bastaban para que la que hacía la secreta propuesta se olvidara hasta del apellido encumbrado y se dejara hipnotizar por los ojos del lombardo moreno. Medea y Ercolina habían intentado lo suyo acercándole tortas de hojaldre con crema pastelera o *cantucci* caseros repletos de almendras que él agradecía con delicadeza, pero que terminaban inexorablemente olvidados en la sobremesa familiar.

Una mañana de julio, con el sol ya alto entre los valles, Giovanni salió de su casa vestido de blanco. Medea estaba barriendo la vereda y Ercolina regresaba con la bolsa del pan recién comprado. Las primeras canas en las sienes de los tres les daban a ellas un aire de solteronas vírgenes y a él un atractivo extra de galán consagrado. Se subió a su cupé verde inglés sin olvidar el saludo gentil. Ambas respondieron con la consabida adoración en el tono de voz. Él encendió el motor, puso la primera y aceleró como si la vida lo empujase con urgencia hacia rutas nuevas.

Cuando la sirena del patrullero despertó a todo el vecindario de la siesta cotidiana y se detuvo ante la puerta de los Balzaretti, las hermanas bajaron las escaleras con frenesí, aterradas de antemano con lo que no podía ser más que una mala noticia. El grito de la madre de Giovanni y su desvanecimiento en brazos del propio oficial de policía fue suficiente para que Medea y Ercolina comprendieran lo sucedido.

El funeral tuvo una gran asistencia, casi por completo de mujeres que lloraban como si hubiera muerto el marido amado. Pocas semanas más tarde, sin mediar explicación, los padres del joven cerraron

la casa y se fueron tan inesperadamente como habían llegado, sin que volviera a saberse nunca más nada de ellos. Las Sottocasa se convirtieron desde entonces en las custodias anónimas de la tumba. Cada mañana, ni bien el cementerio abría sus puertas, Ercolina compraba un ramo de flores de estación que distribuía entre el sepulcro de sus padres y el de Giovanni de manera desigual, eligiendo las más hermosas para el amado muerto y unas pocas sobrantes para los progenitores. Al atardecer, minutos antes de que la gran necrópolis cerrara el pesado portón de hierro, Medea se apresuraba con otro ramo flamante, sumando algunas flores al vaso de cerámica de los Sottocasa, pero tirando a la basura las dejadas por la mañana en la tumba de Giovanni y reemplazándolas por las suyas. El ritual se repetía inexorablemente cada día y cada noche, en una competencia silenciosa y llena de odio que, de tan prolongada, se hizo rutina. El ramo de una pasaba con él los días, el de la otra las noches. Como las rutinas sirven para diluir el paso del tiempo, la mañana en que Ercolina encontró el cartelito plastificado que decía: “AVVISO-CAMPO IN VIA DI ESUMAZIONE- DAL 1° AGOSTO- ESUMAZIONE D’UFFICIO”, cayó sentada en un banco entre los cipreses sin poder creer que la vida se hubiera esfumado con tanta velocidad. Cuando el sol eliminó la última sombra de la mañana, volvió a su casa montada en un mar de adrenalina para vomitarle la noticia a Medea, quien se apresuró a preparar un té fuerte de camomila que les ayudara a calmar la desesperación. No cabía duda; habían pasado veinte años, el plazo que el cementerio municipal ofrecía a los muertos no poseedores de una parcela con título de propiedad. Esa tarde, el calor y una humedad rara en Bérgamo trajeron un aguacero feroz que se sumó a la sensación de tragedia. Las hermanas deambulaban por la casa, convertidas en dos zombies gentiles, susurrándose delicadezas nunca antes pronunciadas como: "¿Abro también la ventana de tu cuarto para que circule más aire?" o "¿Un café fuerte con dos cucharaditas de azúcar te sentaría bien?". Prepararon la cena con la misma dedicación, intentando complacer solidariamente a la otra. Tragando ya el último bocado, Ercolina fijó los ojos chatos en los ojos saltones de su hermana. “No podemos dejar esto así,” dijo, como buscando una solución en la mirada de Medea. “Ciertamente no,” respondió la menor, imaginando ya el procedimiento que deberían afrontar.

A la mañana siguiente las hermanas estuvieron muy ocupadas, entre el bazar y la ferretería. Después de una siesta que les repusiera la energía, prepararon un bolso con todo lo necesario y salieron de la casa cuando el sol empezaba a tocar las cimas redondeadas de las colinas. Ingresaron al cementerio juntas y caminaron al azar entre las tumbas, señalando lo bien conservadas que estaban algunas y lo abandonadas que estaban otras, recordando a todos los muertos conocidos, comentando si las fotos los representaban bien o si habían sido retocadas para fingir lo que nunca habían sido.

Cuando la gente empezó a retirarse, las hermanas se refugiaron en el baño de mujeres y esperaron el silencio total del cierre. Salieron entonces al nuevo frescor de la noche y se dirigieron a la tumba de sus padres. No fue difícil deslizar la lápida de mármol después de remover los tornillos de las cuatro puntas. La madre había pedido expresamente que no se sellara con cemento la tapa porque siempre había sufrido

de claustrofobia, y las hijas habían cumplido fielmente con su voluntad. El pozo era aún profundo y acogedor, a la espera de nuevos habitantes. Las mujeres apuraron el paso hasta el sepulcro de Giovanni y dejaron hasta el alma para desprender el cemento que unía el granito a la base de la tumba. Movieron la cubierta con cuidado, se persignaron y hundieron los ojos en la fosa oscurísima. Ubicaron la flamante linterna halógena sobre la lápida para tener una visión total del interior y mientras Ercolina disponía la manta de fino lino bordado a un costado, Medea bajó al pozo para recuperar cada uno de los huesos del amado. Pasó uno a uno a la hermana tibias, rótulas, fémures, el maravilloso ilíaco que había sostenido la parte que más les habría deleitado recuperar, pero que ya nunca tendrían ocasión de ver ni de sentir. Los huesos salían a la luz de una media luna tímida y eran depositados con devoción sobre la manta blanca. Luego algunas costillas roídas, el esternón, las escápulas. Unas pocas piedritas blancas parecían ser parte de las manos bellas del joven Balzaretti y, finalmente, le llegó el turno al cráneo. Arrodillada y con las manos extendidas, Ercolina recibió la calavera, la limpió con un pincel que habían comprado esa misma mañana en LeRoy-Merlin y la envolvió cuidadosamente en un pañuelo de seda para que no se rompiera en el trayecto a la nueva morada. Luego ayudó a su hermana a salir del pozo, prepararon la mezcla de cemento rápido, sellaron nuevamente la tapa de granito, limpiaron todo rastro de su paso por allí, dejaron las últimas flores que habían dispuesto en el jarrón el día anterior y cargaron los restos del muerto hasta la tumba familiar.

Esta vez fue el turno de Ercolina bajar a la fosa, pero cuando llegó el momento de depositar el cráneo, Medea bajó también, con cuidado de no pisar el esqueleto bastante bien armado. Al pasarse la calavera, los dedos de las hermanas se tocaron sin querer. Se miraron con los ojos llenos de lágrimas y sus cuerpos se acercaron, como imantados por esa cabeza ya vacía que les había robado todos los sueños. Habían sido una sin saberlo y cuando los labios se entreabrieron y se tocaron fue como si una pudiera ofrecerle a la otra todo el amor contenido por ese hombre imposible. Se fundieron en un beso interminable, ése que habían deseado desde siempre. Terminaron la labor con el pensamiento en otra cosa. Empezaba ya a clarear. Apuraron el paso al baño para verse presentables cuando las puertas del cementerio volvieran a abrirse, y luego corrieron a la casa para arrancarse la ropa sobre la cama grande de los padres, gemir, lamer y morder; besar, temblar y dormir abrazadas, desgarradas y felices de saberse condenadas por igual.